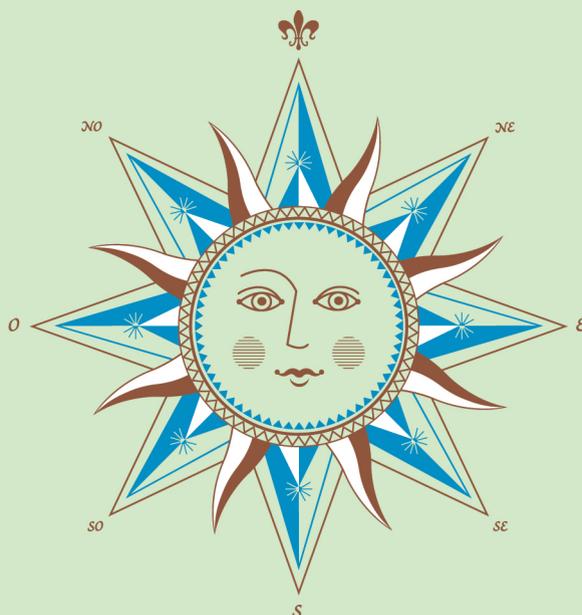


UNIVERSIDAD NACIONAL
DEL LITORAL

UNIVERSIDAD NACIONAL
DE ENTRE RÍOS



LUIS GUDIÑO KRAMER



NUEVAMENTE EL CAMINO Y OTROS TEXTOS

COLECCIÓN



~ EL PAÍS ~
DEL SAUCE

UNIVERSIDAD NACIONAL
DEL LITORAL

UNIVERSIDAD NACIONAL
DE ENTRE RÍOS

NUEVAMENTE EL CAMINO Y OTROS TEXTOS

LUIS GUDIÑO KRAMER



Introducción, cronología, bibliografía y notas

MARÍA EUGENIA DE ZAN

COLECCIÓN



~ EL PAÍS ~
DEL SAUCE

GUDIÑO KRAMER, LUIS (1898-1973)

Nuevamente el camino y otros textos / Luis Gudiño Kramer ;
prologado y comentado por María Eugenia de Zan ;
coordinado por Guillermo Mondejar ;

1.ª ed. :

Paraná : Universidad Nacional de Entre Ríos, UNER, 2014 ;

Santa Fe : Universidad Nacional del Litoral, UNL, 2014 ;

336 pp. ; 23 x 16 cm

(El país del sauce / Sergio Delgado; 6)

ISBN: 978-950-698-336-9

A863 1. Narrativa Argentina. 2. Cuentos. I. De Zan, María Eugenia, prolog. y coment.
CDD II. Delgado, Sergio, dir. col. III. Mondejar, Guillermo, coord. IV. Título

Introducción, cronología, bibliografía y notas

MARÍA EUGENIA DE ZAN

Director de la colección *El país del sauce*

SERGIO DELGADO

Coordinador de edición

GUILLERMO MONDEJAR

Equipo editorial:

Manuel Siri

Alexis Chausovsky

Anabella Peker

© Herederos de Luis Gudiño Kramer

© EDUNER, 2014

© EDICIONES UNL, 2014

© María Eugenia De Zan

© Manuel Siri, ilustración de cubierta: *Rosa de los vientos*, 2014.

EDUNER, Editorial de la Universidad Nacional de Entre Ríos

Córdoba 475 – E3100BXI – Paraná, Entre Ríos, Argentina

eduner@uner.edu.ar – www.eduner.uner.edu.ar

EDICIONES UNL, Universidad Nacional del Litoral

9 de Julio 3563 – S3002EXA – Santa Fe, Argentina

editorial@unl.edu.ar – www.unl.edu.ar/editorial

Queda hecho el depósito que marca la ley 11723.

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11723 y 25446.

Editado e impreso en Argentina.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN. <i>Por María Eugenia De Zan</i>	XI
«... y sueño de día y de noche con cosas simples como mi propia vida»	
[XIV] ~ Los hombres que crecieron con el siglo: Buenos Aires y las regiones del interior [XVI] ~ Una mirada al hombre del litoral rioplatense [XIX] ~ El pensamiento de Gudiño Kramer en una encrucijada: abrir caminos para fundar la región [XXV] ~ El relato como proyecto y horizonte en el conocimiento de la región [XXXI] ~ Paisajes e imaginarios culturales en el camino de la costa [XXXIV] ~ El camino, la isla, el alambrado, el mundo [XLII] ~ Las voces y los nombres en el mundo de los allegados [XLIII] ~ Lo local y lo universal [XLV]	
NOTAS SOBRE ESTA EDICIÓN	XLVII
NUEVAMENTE EL CAMINO. <i>Luis Gudiño Kramer</i>	
Nuevamente el camino	3
<i>Isletas</i>	
Isletas	7
Isleños, cazadores y puesteros... ..	13
Aparicio Alem	17
La creciente	31
Cisterna	35
<i>El orden de la ruta</i>	
El orden de la ruta	47
Noche de Reyes	49
Polonio, Balcala y Cía.	53
Pantano	63
Don Cruz	71
El túnel	75

Del mal ambiente pueblero

Del mal ambiente pueblero (Historia en ocho acápite)	81
I. «Tesen tranquilos. No renunceo.»	81
II. «Dormido en su regazo marchaba su camino.»	82
III. «La santidad de la cosa juzgada... o cómo se empieza un sumario.»	83
IV. «Y los hombres hablaron en la voz de su barro.»	86
V. «Ya se escuchan los claros clarines...»	89
VI. Y aparecen las famosas libretas.	90
VII. Donde reaparecen el médico y otros notables...	92
VIII. «Cuando la aurora de rosados dedos...»	94
El Bagualón de Las Palmas	97
Carahí potro	101
Juventud unida mutuamente	107
Los indios	113
Dominguito	119

Un cencerro

Un cencerro	125
Don Venancio	129
Alviso	145
Concepción Valdéz	155
El cementerio	161
El picazo tuerto	165
La pampa	169

Temando

Temando	175
Noche de pueblo	181
Caminos	185
La casa	193

Don Gauna

Don Gauna	199
-----------	-----

ANEXO

El hombre feliz [Autobiografía]	207
Sobre el paisaje	
Un paisaje paranaense	209
<i>Escritores y plásticos del Litoral</i>	211
Sobre la gauchesca	
Amaro Villanueva y lo gauchesco	215
Hernández, la <i>Instrucción del estanciero</i> y <i>Martín Fierro</i>	219
Sobre Gudiño Kramer	
La polvareda de la tierra ajena. Por Amaro Villanueva	225
Platina publicó un libro de Luis Gudiño Kramer. Por Gastón Gori	229
Luis Gudiño Kramer, crítico de arte. Por J. M. Taverna Irigoyen	231
Cartas	
De Amaro Villanueva	235
De Ricardo Rojas	238
De José Pedroni	239
De León Benarós	240
Fotografías	241
Homenajes	243
CRONOLOGÍA. Por María Eugenia De Zan	257
BIBLIOGRAFÍA	265
Obras del autor [265] ~ Principales obras sobre el autor [271] ~	
Sobre el espacio y el paisaje [272] ~ Bibliografía general [273]	
NOTAS	275

Nuevamente el camino

De nuevo hemos reconstruido nuestro largo andar sobre el camino de la costa, un andar que no es tanto del cuerpo como del espíritu, y un camino que ni siquiera tiene límites, pues él abarca la dimensión de todo el campo y la profundidad de todos los sueños. El camino no es apenas más que un remedo de vía para nuestra ansiedad de verdaderos rumbos. Al fin y al cabo, qué otra cosa que indios, paisanos, gringos y alguno que otro empleado de poco sueldo anda sobre estos caminos. Los que se creyeron importantes porque tenían un poco más de dinero o de mando que los otros concluyeron lo mismo sus efímeras vidas, o perdieron su riqueza y su poder en el tiempo, que él sí que es poderoso e indiferente, desdeñoso e igual.

Pero nuestro camino tiene un sentido, y por eso vuelven a él nuestros pasos y nuestros recuerdos. Es el camino de nuestra juventud y de nuestra madurez; es el camino de nuestros hermanos y de nuestros hijos. Al menos el más familiar para sus pasos nuevos. Es el camino de nuestra tierra, el que lleva al rancho de nuestros hermanos, de los pobres colonos, de los paisanos y los indios y los criollos.

Los hijos de nuestros hijos tal vez lo vean cubierto de asfalto, recorrido por veloces automóviles o cubierto su cielo de aviones relucientes. Ceibos y algarrobos habrán desaparecido de sus bordes, y ningún indio vivirá en ese tiempo para servir de remordimiento o de símbolo. El camino de la costa podrá transformarse en un camino del progreso, hasta que de él se borren hasta las huellas históricas de don Juan de Garay, de Caraballo y de don Juan el ruso; pero en la sensibilidad de los hijos de nuestros hijos quedará la angustia nuestra, el dolor nuestro por la miseria del hombre de este litoral rico en toda clase de riquezas, nuestra amargura por la desesperación de tanta criatura, por el dolor de tanta mujer y tanto hombre sobre la tierra ajena... sobre esta tierra nuestra, enajenada...

Pensamos que aunque apenas un sentimiento de horror hacia la injusticia de estos tiempos conmueva a aquellos descendientes nuestros, este viaje ya tendría caracteres de descubrimiento. Porque algún día será, indudablemente; y esta sola evidencia sirve de sobrado y excesivo premio a nuestros afanes e impaciencias de ahora.

Isletas

—No, don Venancio. No es palabra registrada en ningún léxico. Ni Segovia ni Garzón¹ recogen la voz isleta, cuya acepción entre nosotros, las gentes del litoral rioplatense, no es tampoco la que figura en el diccionario de la lengua como diminutivo de isla, pues nuestras isletas son montecitos de árboles, rodeados de pampa, de calveros abiertos, a veces crecidas en suaves lomas, esas alturas que no alcanzan a ser colinas, o emergiendo al borde mismo de los bañados, a la costa de los arroyos o en el mismo corazón de las islas. En Entre Ríos estas isletas suelen ser tupidas, como usted sabe, y sólo transitadas por el guasuncho o el viracho. En el norte de Santa Fe son menos rústicas y los chañares y algarrobos que las forman ofrecen fácil sombrero al que anda a caballo, guarida a las haciendas y refugio generoso a los pájaros.

»Como isletas sobre la llanura colonizada, he tenido la suerte de conocer hombres y pueblos en estas costas, asomadas a sus arroyos y ríos, que vienen a ser como las venas del Paraná que las nutre y se nutre de ellas, y de los cañadones y lagunas que en ellas vuelcan sus aguas llovidas, dulces, o las amargas de los Saladillos, ambas siempre nutricias.

»También los hombres, al menos las isletas humanas que durante un cuarto de siglo hemos conocido y los retoños o renovales que tratan de formar el bosque humano, con raíces profundas y solidaria simpatía, buenos y malos, dulces o amargos, nutren el cuerpo social y le van dando un estilo, que usted sabe que he tratado de comprender y estimar en lo que significa y representa, dentro de mis pequeñas posibilidades...

»Así, junto a usted, don Venancio, a Ramón, a Taco, a don Teófilo, a Alvizo o al indio Camargo, al gringo y al criollo, al heredero y al nuevo rico, al tilingo e inservible y al guapo y pobre; el que muere y se transforma de lobizón en hombre cordial y estimable, sacrificado años y años

sin más provecho que ese de ser recordado con simpatía después de muerto, y en vida vilipendiado, y al cual le lloraron un perro y una vieja que nunca le sacó fiado... o aquel que creyó tener en sus manos el destino, el suyo y el de los demás, y que ahora vive de la caridad de los que no se cansó de explotar cuando creía tener a Dios agarrado de las patas... En fin, isletas, don Venancio, y nada más que isletas, por ahora, pero creciendo y dando sombra, como crece el hombre a pesar de los directorios y de los que se creen superiores por el color o la procedencia, y que vienen al campo crudos y prepotentes, a explotar la energía, la capacidad, la ignorancia o la necesidad de los hombres humildes, ignorantes o simples, pero sabios, que les dejan hacer, sabiendo, y sufriendo, desde luego, las consecuencias de subestimarlos así, en su alma.

Miró fijamente a don Venancio al concluir su tirada.

Don Venancio quedó pensativo, tratando de ver como se diseñaba su personalidad en esas isletas, y procuró evadirse de su conflicto preguntándole si hacía mucho que no iba por La Paz.

—Precisamente, la semana pasada regresé de un viajecito de unos cuatro o cinco días...

Trató de recordar alguna anécdota o el detalle pintoresco que entretuviese al amigo, vulgarizando su preocupación, y de pronto no halló el camino de una narración como la que solía hacer en estas conversaciones con cierto éxito.

—De Paraná a La Paz están los equipos camineros haciendo una obra importante. No sé si serán los años, pero viera con qué interés he mirado esos campos. Usted los conoce. Dificulto que haya otros más lindos en la República. Qué campos los de la compañía en El Quebracho o Vizcacheras.² No fueron lerdos los ingleses para elegir. Uno se acostumbra a estos campos llanos, y después parecen un sueño esas colinas, esos arroyos y zanjones y las isletas de talas y algarrobos. Al cruzar el Feliciano³ parece que uno atravesara un paisaje de tarjeta postal.

—¿Y vio gente de antes...?

—Claro. A eso fui, precisamente. Algunos están avejentados y perdiendo la memoria. Otros le recordaban a usted y sus travesuras y yo a cada rato me sentía tentado de confesar mis cambios. Me encontré con Giménez, muy viejo, y traté de infundirle ánimos... Qué bien se conserva... Está como hace treinta años... ¿Y cuántos acusa?... “Avisá”, me

contestó. “¿No ves cómo estoy de acabado? He perdido treinta kilos y me estoy quedando ciego. ¡Si a esto le llamás estar bien!”

»Pasé por la calle donde vivimos cuando era muchacho; ahí estaban las casas, llenas de recuerdos, y todo como si fuese igual, el clima, el aire, la tristeza, la indiferente soledad.

»Esperábamos el ómnibus para regresar cuando llegó el viejo Jacinto Montenegro, en su viejo caballo tordillo vendiendo sus *compuestos*. Muy vivo el Montenegro ese. Viejo zorro, pagado de sí mismo, ocurrente y malicioso. Después que recogió unos pesos en pago de sus *versadas* se despidió diciendo: “Espero que no se olviden del tordillo...”, manera elegante y natural de señalar la indiferencia de la gente hacia su persona.

»Ahí tiene, don Venancio, un gaucho, que según lo cuenta él mismo, degolló gente siendo sargento, y que parece redimido de esos crímenes por el hecho de sentirse poeta y payador.

»“Soy el poeta popular”, me dijo, y al contestarle que por eso es el pueblo el que le paga, pareció sentir en lo íntimo una especie de arrepentimiento, pues agregó: “Viejo me saben decir. / Sólo los trapos son viejos. / Cantando voy, sin pensar, / para quién son los honores... / Esto lo dice un paisano / de boleadoras y lazo / que conserva en su regazo / corazón y juicio sano. / Soy poeta soberano / con furia de dieciséis / y a naides miedo le tengo / aunque corra en quince tres...”

—Una isleta, el viejo Montenegro, recluso en el otro siglo, cuyos recuerdos son lo único que posee. Asaltos, degüellos de criminales, según dice él, atropellos a los atrios y fidelidad al coronel de las guardias nacionales, ese coronel hecho a dedo a quien las fuerzas conservadoras nombraron jefe de policía. Cosas del otro siglo, sin duda, pero resistiéndose, aún, a través de estos envejecidos gajos, y lo peor, resistiéndose desde las mentalidades deformadas por largos años de una torcida y viciosa educación.

—Sí, don Venancio. Agua corriente, asfalto, luz eléctrica, balneario. Todo lo que nosotros no conocimos. Se acabaron los carros de altas ruedas y los sufridos y melancólicos bueyes. El único viejo a caballo es Montenegro, insolente raíz de un pasado ominoso, pero tal vez haya otro modo de perdurar, y no menos malo, en el envejecido relojero, aquel que conocimos de bastón con puño de plata y altos cuellos duros, ahora sucio y declinante entre sus chafalonías, balanzas y candiles.

»Es de distinta índole la soslayada supervivencia del asesino, puliendo ahora cuchillos de juguete para los turistas, pálidos remedos de su cuchillo diestro de homicida. Es una leve pausa después de los años de exaltación matrera en el Uruguay o en el Brasil. Parece amansado el hombre por la edad, ahí, en ese alero próximo al arroyo ciego, pero tal vez no sea sino un paréntesis, un respiro fatigado, una larvada esclerosis matonesca...

«¿Cómo seré despojado de mi exterior brillante?», parece preguntarse don Venancio, y su interlocutor fuma, en silencio, y trata de sintonizar algún mensaje; su intuición alerta, como ávida. Pero un espeso silencio los envuelve.

—Alto vuela el gavilán. Tal vez sea un águila. Vuela alto, describe geométricos círculos y se lanza directamente sobre el conejo del campo, que al verse envuelto en la sombra del ave se aturde y no puede escapar. Dicen que esta es la suerte del aperiá y que esa es la suerte del águila. Una la suerte de Montenegro y otra la de Vicente...

—¿Cuál suerte? ¿Es que eso es la suerte?

—Reflexivo, atento, oculta su antigua cultura y parece ser de una vulgar cotidianeidad. Campechano, anduvo y volvió a su hábitat, para compartir la suerte del común.

—¿Qué común?

—El común es todo ese medio, el rico y el pobre, el palanquero y el fundador del Jockey Club. El que fue empleado del Banco y ahora tiene obraje y estancia; el muchacho de las reuniones en la esquina y el viejo maestro jubilado. Es el común, y Montenegro y el asesino melancólico, ¿qué son ellos salidos del común?

—Ahí está la cosa.

Pueblo chico, nomás, el pueblo. Mueren unos y los que les suceden siguen igual...

—Pero hay matices, don Venancio. Tal vez hay ahora mayor uniformidad, otras influencias, pero el ambiente es el mismo. El medio no se ha transformado. La misma compañía con diferentes administradores. Los mismos negocios, con otros dueños. Ahora hay cuarteles y los sábados se reúnen las herederas y los oficialillos en el bar de la plaza. Los conscriptos esperan afuera, cuidando los caballos. Más hacia el suburbio, los suboficiales y en el suburbio la tropa. Como ve, cuidadas las jerarquías y separadas las clases.

—Bueno. Pero no se olvide que antes también se veía lo mismo.

—Yo no lo discuto, ni lo critico, don Venancio. Lo anoto, nomás. No me preocupa el destino de las herederas y sé que la conscripción dura apenas un año. Esto no tiene importancia. ¿Qué me puede preocupar a mí el destino de la oligarquía? En cambio, no es ocioso connotar la supervivencia de los buenos sentimientos y el espíritu renovador de ciertos individuos. La gente es mejor de lo que uno suele creer, o de lo que piensan ciertas comadres.

El halcón (¿o será un chimango?) es apenas un puntito en el cielo y la tarde oscurece rápidamente.

Fernández siente que envejece, que a ratos está decaído, sin interés. Mira a Venancio, tranquilo, casi impávido, habituado a la soledad, fundido en la naturaleza como un mineral, más que como un ser viviente.